

Argentina: por fin Otra vez, el Pueblo

por Daniel WAKSMAN
corresponsal de El Día en Chile y enviado
Especial a Buenos Aires

Mejía 31/5/73

I

Hacia la medianoche del 24 de mayo, cuando todavía faltaban ocho o diez horas para que Héctor Cámpora asumiera la presidencia de la Argentina, la masa peronista formaba ya un imponente mar humano que desparramaba su oleaje de euforia a lo largo de toda la Avenida de Mayo, desde el Congreso hasta la plaza Rosada. Los clásicos bombos de los "descamisados" y el corear incesante de las consignas por decenas de miles de gargantas, pautaban los momentos finales de un largo paréntesis: Estos dieciocho años durante los cuales se intentó, por cierto infructuosamente, que la Argentina encontrara su camino histórico al margen de las mayorías populares (o sea del peronismo). Ni los más miopes podrían seguir creyendo, a esta altura, que a las elecciones del 11 de marzo último se pudo llegar merced a la presunta voluntad "institucionalizadora" del señor Lanusse. Este, que demostró ser un político realista, tuvo que neutralizar por cierto la resistencia de sus colegas más ultras (eso que los argentinos llaman "gorilas"), pero si hace dos meses y medio el justicialismo tuvo por fin la oportunidad de demostrar su arraigo popular en las urnas ello no puede ser atribuido (y de hecho nadie siente que haya que hacerlo) a la concesión graciosa del régimen militar. Si éste se resignó a aceptar por fin las elecciones —lo que implicaba aceptar el previsible triunfo peronista— fue sólo porque la rotundidad porfiada de los hechos había terminado de demostrar que su proyecto político-económico para el país era irremediablemente inviable. Los comicios de marzo y la asunción de Cámpora, pues, no ocurrieron porque la cúpula castrense lo haya querido: ocurrieron porque lo que ésta realmente quería se reveló pura y simplemente antihistórico, y porque el gobierno de Lanusse (como antes el de Onganía o después el de Levingston, por ejemplo) ya no tenía salidas transitables.

Este 25 de mayo fue otra vez, por fin, la hora de la "mersa" ("chusma") y la "mersa" copó las calles de Buenos Aires como si quisiera marcar con su protagonismo desbordante que lo que acontecía en esa jornada era algo más profundo que un simple acto de transmisión del mando, algo menos administrativo que un relevo gubernamental. Fue la "mersa", arrolladoramente, la que alteró todas las convenciones protocolares y selló con su estilo y su signo la asunción del nuevo gobierno. Si algún detalle simbólico faltaba para convencerse de que

una verdadera etapa histórica se inauguraba ese día en la Argentina, este corresponsal lo tuvo cuando detectó a los limpiadores de la Casa Rosada, mezclados entre los invitados oficiales y los huéspedes extranjeros que colmaban el agosto "Salón Blanco" del edificio presidencial, entonar a voz en cuello el himno nacional y la "marcha peronista".

Fueron las bases, espontáneamente, las que ovacionaron hasta la ronquera cada aparición de los presidentes Osvaldo Dorticós y Salvador Allende, y a la vez bloquearon el acceso a la Casa Rosada de quienes —por lo demás— desentonaban ostensiblemente con lo que estaba pasando: el presidente uruguayo Bordaberry y el secretario de Estado Rogers. Estos tuvieron que alterar el rumbo y regresar humilladamente a sus residencias, como Lanusse y los jefes castrenses de las tres armas debieron hacer meritorios esfuerzos de impasibilidad facial cuando —al recibir Cámpora la banda presidencial— la multitud desplegó atronadora e inconteniblemente todo el abanico de las consignas peronistas. Entre ellas por cierto, algunas que jamás habría acuñado el justicialismo de hace quince o veinte años: por ejemplo, "Perón, Evita, tu patria socialista". Y cuando en helicópteros, prudentemente (porque las brigadas de la juventud peronista habían suplantado a la policía en el control de los accesos a la Casa Rosada), los jefes militares abandonaron el lugar, medio millón de personas coreó unánimemente: "Ya van a ver, ya van a ver, cuando vengamos a los muertos de Trelew".

Esa noche, mientras la totalidad de los generales de división del ejército argentino pasaba forzosamente a situación de retiro por el nombramiento de Cámpora del nuevo comandante en jefe los guerrilleros encarcelados salían por fin de sus prisiones, ante cuyas puertas la masa se congregó para garantizar el inmediato cumplimiento de la promesa de que "no pasaría un sólo día de gobierno peronista con presos políticos". Los responsables de la matanza de Trelew deben haber terminado de comprender, entonces, que aquella orgía de sangre fue no sólo un crimen absurdo sino además el más grueso error político cometido por el régimen castrense en la última etapa de su inevitable decadencia.

Ahora, tras dieciocho años de resistencia colectiva y pertinaz, las masas populares argentinas sienten que se han reencontrado por fin con su destino. Y en esta América Latina que tantos y tan auspiciosos cambios está registrando últimamente, el más sigiloso ejercicio por fin su propia e intransferible significación de los países australes empieza a opción revolucionaria. (Transmisión por cortesía de Interpress Service).